

DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

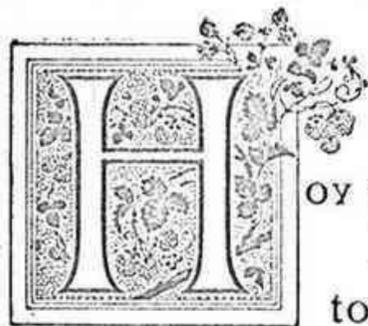
Núm. 89

Salamanca 15 de Junio de 1913

Año VIII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



oy sí que tengo cosas bonitas que contar.

De las distintas regiones de España han llegado estos días siete chicos más, que vienen a aumentar mi plantel de maestros de escuela.

He podido escuchar, muy complacida, el canto viril de las libertades vascas *Guernicako arbola*; me han saludado en la mimosa habla gallega; me han traído, de los picos del Jálama, un extremeño que me habla, con mucho entusiasmo y mucha gracia, de las naranjas y limones de la Sierra de Gata; ya tengo nuevos amiguitos con los cuales puedo vivir en toda España.

Hubo en los primeros días— ¡es natural! — sus lagrimitas. Son los derechos de las aduana de la vida.

Y hubo, y hay, esas sonrisas que únicamente se dan en las bocas de los niños.

«Ya espanté *la morriña*», decía el galleguito, con aquella mirada tan franca que me gusta tanto.

Tiene hermoso corazón el galleguito.

Yo le ví muy apurado cuando supo que Pepe, el hermano de don Gonzalo, tenía que volverse solo a España.

—A mí me parece que usted se va a perder y que va a pasar mucha hambre.

Todos me traen alguna cosita de su pueblo; algún regalo que les metieron las familias en su saco de viaje.

Como estos obsequios sencillos vienen envueltos en tanto cariño, yo los recibo con alegría, claro está, pero un tantico emocionada.

Son exquisitas las cosas que me han traído. O por lo menos a mí me saben a gloria.

De las montañas eúskaras me han traído un queso muy rico.

El abuelo de José, un pastor que guarda y cuida su ganado en los montes y valles de Guipúzcoa, allá por Alsasua, fué el día que pasaron los chicos a llevar un queso a su nieto...: «para que lo pruebe la Infanta».

Me han contado que a medida que el tren se iba acercando a un pueblo, miraba y remiraba en todas las estaciones diciendo a sus compañeros: «puede ser que en ésta esté mi abuelo con el queso».

De fijo no sabía a qué estación saldría su abuelo.

Un chico, muy lindo, que ha venido de Valladolid, Federico, venía asomado a la ventanilla enjugándose las lágrimas que aún se le soltaban por la separación de su madre y viendo que en ninguna estación aparecían ni el abuelo ni el queso, al llegar a una gritó con gracia a las gentes que paseaban por el andén: «¿Han visto ustedes por ahí un abuelo con un queso?»

Segura estoy que la hazaña del queso se contará, al cabo de los años, en los hogares de algunos maestros de escuela.

Además, me trajeron chorizo y un roscón hecho de almendras que reparto, como pan bendito, a la hora del té.

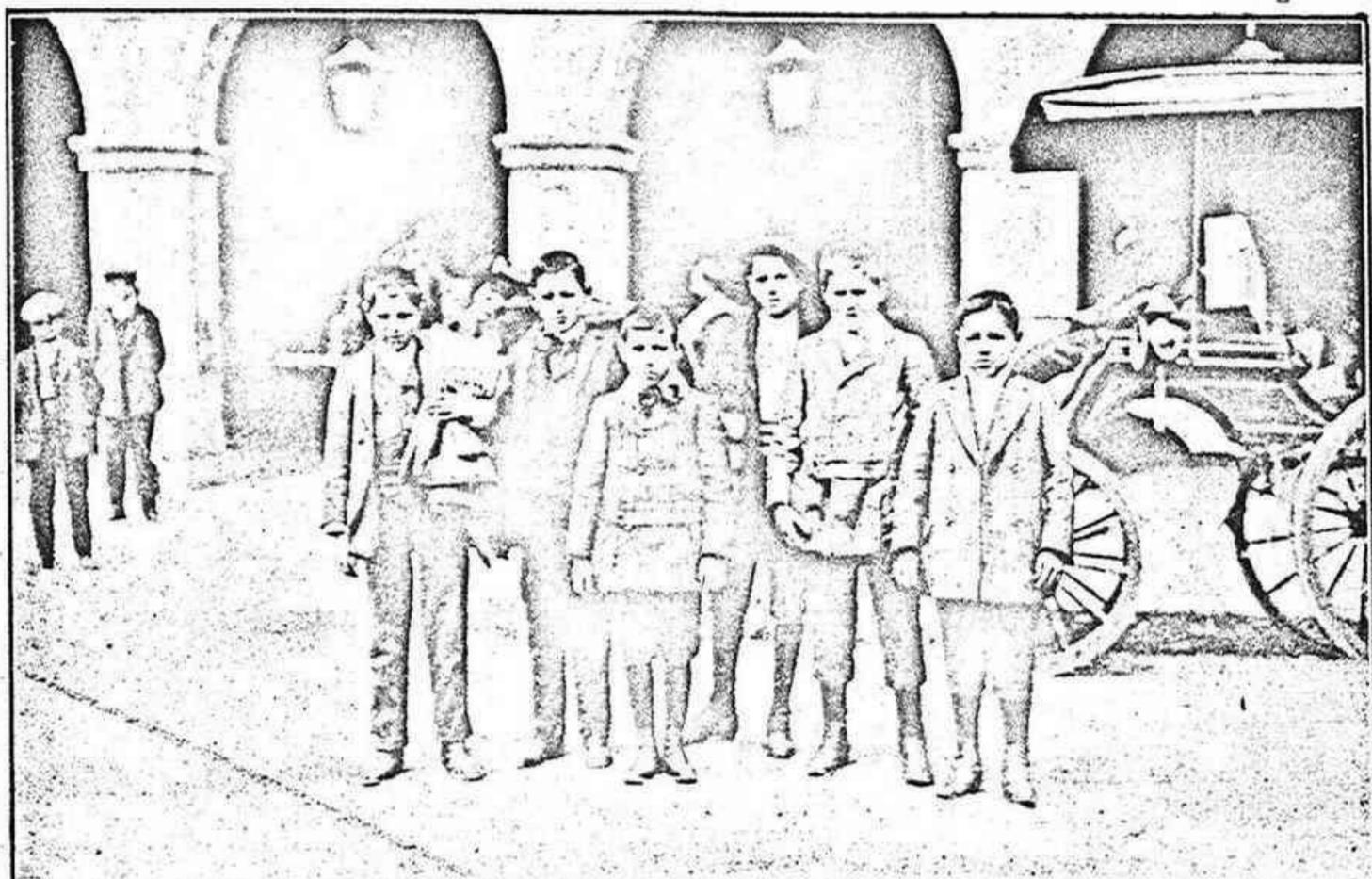
Se lo dieron en Ciudad-Rodrigo a Dionisio, un muchacho moreno con grandes y dulces ojazos negros, que en todo se fijan y todo lo observan.

—Uy, padre, si viera qué caballos tan grandes hay en Alemania... Escribía a su casa.

Eran esos percherones enormes que arrastran los carros de la cerveza.

Se acordaba él, y comparaba su *Rólis*—una jaca gallega con la cual, acompañado de su padre, salía disparado detrás de las vacas por las mangadas de Mediasfuentes—se acordaba y lo comparaba con estas murallas de caballos.

«—... Dile a S. A. que hoy hemos probado una máquina alemana para esquila de ovejas. Hemos motilado tres carneros borros y han quedado muy bien». Esto decía un padre.



Los nuevos chicos que han ido al Pedagogium

Los sentimientos hermosos y los consejos sanos abundan, que es una bendición, en todas las cartas.

—No te olvides de rezar a la Virgen todos los días...

—Sé muy bueno y aplicado y pide al Santísimo Cristo por la salud de S. A. y de su augusta familia.

Dios sabe bien cómo yo agradezco a estas benditas gentes sus nobles sentimientos que tanto consuelan y animan.

Cada dos o tres días repaso sus cuadernos y observo los adelantos que hacen en la lengua alemana. Oigo con mucho gusto las palabras que ya les han enseñado los antiguos y les pido que me enseñen las cartas que escriben—los más niños—a sus padres.

Ayer escribía uno de éstos: «D. Gonzalo nos estuvo enseñando el palacio que es muy bonito (1) el infante (quiere decir mi marido) es muy bueno y además es médico y nos estuvo enseñando D. Gon-

(1) Copio tal cual el niño escribía.

zalo donde tenía las herramientas para curar que debé tener cerca de mil»...

Ahora estamos de obra en la nueva casa. Para el mes que viene, si Dios quiere, comenzaremos a trasladar los muebles que me han regalado y que tengo depositados en mi misma casa.

Desde que vengo dedicándome al Pedagogium sabe todo el mundo que el mejor regalo que se me puede hacer el día de mi santo o de mi cumpleaños es enviarme alguna de las cosas que necesito para este objeto.

Mis hijos me han dado las camas; Isabel los colchones; mi marido gran parte del mobiliario; mi cuñada Clara cortinas para toda la casa; algunos de mis amigos la batería de cocina, la vajilla, manteles y servilletas, ropa de cama... ¡Se necesitan tantas cosas en un colegio!

Llevo ya un rato con la pluma en la mano dudando si deberé decir todo lo que necesito; qué medios son más fáciles y prácticos para que las almas buenas me ayudaran, etc., etc.; pero no me atrevo y resisto a la tentación dejándole el encargo al ángel de la guarda de los que me leen que se lo diga al oído.

Ya se va acercando—por hoy basta de Pedagogium—el día señalado para que vengan mis nietos.

Mi hijo me envía una preciosa fotografía que les ha hecho Franzen: están muy hermosos, bendito sea Dios.

Para los que tenemos que vivir separados de las personas queridas la fotografía nos parece el mejor de los inventos.

Gertrudis Segovia me envía hoy una colección de cuentos y poesías que me hace adivinar que las fotografías se han hecho por encargo de «La Monarquía» para el santo de mi pobre hijo.

Reciban las gracias más sinceras de su madre.

Cuánto me alegro de poder disponer de estos cuentos de hadas para dárselos a mis nietos.

La fantasía vigorosa de Gertrudis Segovia, tiene la gracia finísima y ligeramente optimista de todo lo andaluz.

En su poesía «A Sevilla» refiere con cierto orgullo regional cómo Dios, en el comienzo de los tiempos al crear el mundo dió el encargo a un angelito que plantase una rama de azahar en el pueblo que encerrara mayores encantos.

Y el angelito, después de cruzar toda la tierra, se quedó en Sevilla.

«No vió nunca, el ángel,
un cielo tan claro
ni sol como aquel».

Conforme: ni yo tampoco.

Sevilla es para mí uno de los primeros y más grandes recuerdos de mi juventud.

Gertrudis Segovia ha venido a evocarlos y, más todavía, ha venido a hacer vibrar fuertemente la fibra más sensible de mi corazón con la poesía que titula «Un Angel», dedicada a la memoria de María Teresa.

Con qué fervor repito yo la plegaria que la madre dice al Señor por sus hijos.

De ellos aparta penas y abrojos
sé su consuelo,
que siempre marchen altos los ojos
mirando al cielo.
Tuleshasdado con gran largueza
poder y honores,
regia nobleza;
yo sólo ansío
que estos amores de mis amores
de encantos llenos
¡Señor Dios mío
siempre sean buenos!

PAZ.





DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA

HACIENDO PATRIA



La heroica gallardía de nuestros soldados, que con su sangre generosa van trazando para España una más dilatada frontera, tiene que luchar, no sólo con los ariestos salvajes de los infieles, sino con las campañas insidiosas de quienes no saben separar la idea sacrosanta de la Patria de la mezquina de la política ni comprenden que hay sacrificios altamente remuneradores, y que continuar la historia gloriosa que nuestros ascendientes nos legaron, vale la pena de ofrendar los hombres y millones que para tan alta empresa sean precisos.

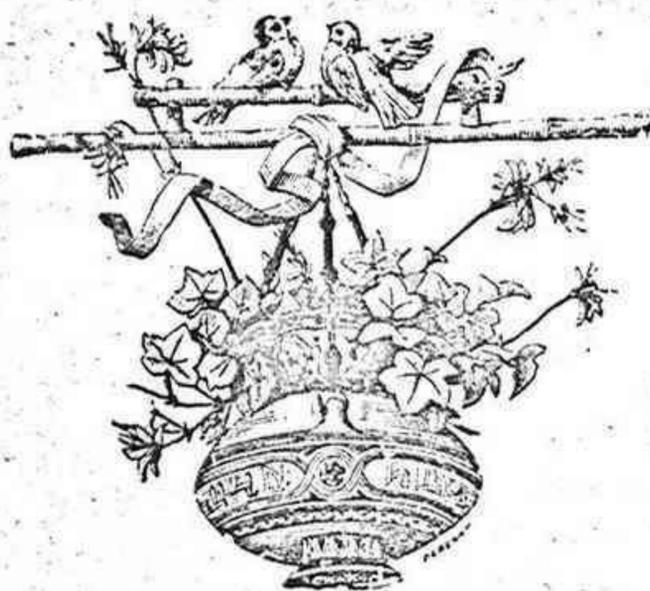
En los riscos del Rif y en las vegas de Tetuán libran una vez más batalla la Cruz y la media luna y es aquélla ahora, como lo fué siempre, lábaro que simboliza civilización, caridad y emancipación de los pueblos que han sufrido durante siglos y siglos bajo el yugo de la ignorancia y de las supersticiones.

Continúa España la cruzada que comenzó en Covadonga y cuyo acto más grandioso culminó en Granada y son los soldados de hoy descendientes directos y dignos de aquellos héroes que se llamaron Pelayo, Alfonso VIII, Isabel la Católica, Cisneros y tantos otros que abrillantan las páginas de nuestra historia.

Por eso palpita al comentar sus hazañas el alma del pueblo del romancero, y por su victoria se elevan al cielo las oraciones de todos los buenos españoles.

Y por eso querríamos que esa minoría que, aunque inútilmente trata de oponerse a la obra bendita que España está realizando en Marruecos, se convenciera de lo antipatriótico de su actitud y se sumara a la opinión casi unánime de esta nación que, porque recuerda los hechos inmortales de sus antepasados, quiere ser digna de los que los realizaron rivalizando con ellos en heroísmo.

F. de LAZCANO.





¡PRIMAVERA!

Los jilgueros del zarzal
se han escapado del nido;
¡ya reina el sol!; ¡ha venido
la primavera triunfal!

Ya tiene arpegios de plata
la lira del manantial
que vibra y se desbarata
con chasquidos de cristal;
ya se han cubierto de flores
las ramas de los jardines;
ya salen los querubines
a reír en los albores;
ya no echa el monte al barranco
trozos de azotadas peñas;
ya lucen las madrileñas
todas sus galas de blanco.

Ríe la campiña en flor,
brilla el cielo paternal,
bulle un susurro de amor
en las ondas del trigal,
la risa del manantial
tiene en las almas un eco,
no hay en todo el robledal
la sombra de un árbol seco.

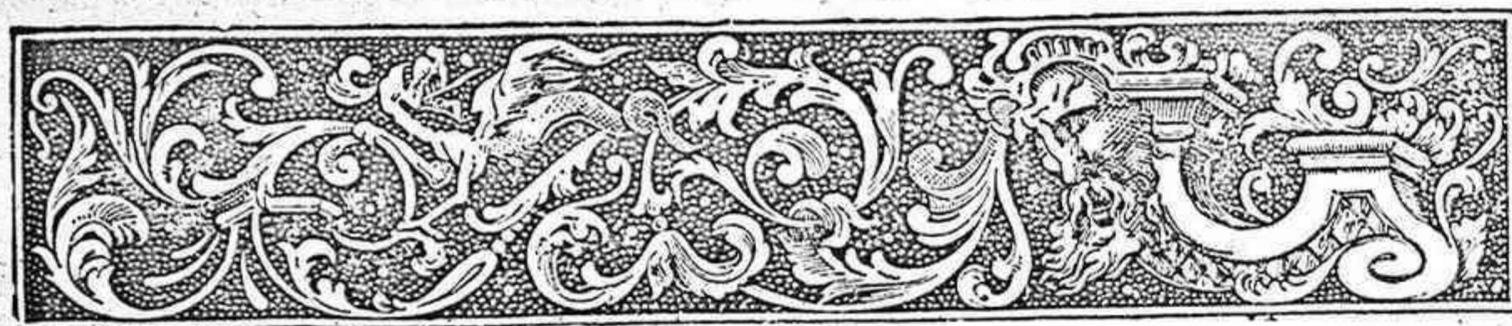
Castilla, la tierra hidalga,
canta su brava canción;
a rienda suelta cabalga
la sangre del corazón;
todo un mundo de ilusión
crea el espacio en su lumbre;
vierte el aire dulcedumbre
con un reír de bonanza:
¡la risa de la esperanza
que se vuelve certidumbre!

Arde la tierra en deseo
de que el sol la desacate...

todo el universo late
retemblando en un gorjeo;
las aves cantan victoria
viendo tan limpio el topacio
donde entronizan su gloria;
fuerza a volar el espacio;
¡ya reina el sol! ha venido
la primavera triunfal
que al pecho su mal arranca;
la buena paloma blanca
de la ilusión ha emprendido
vuelos de águila caudal;
¡se han escapado del nido!
los jilgueros del zarzal!

J. Antonio BALBONTIN.





ZURRON DE POBRE



OLVÍ a mi pueblo; estoy en mi casa, y vivo con mi madre contento y unas mijas señorial.

— Mi casa tiene, lleno de yerbajos y a medias empraizado, un huerto, un aprendiz de huerto, que nació cuando yo terminé la carrera.

En el suelo de este huerto, aparvado con la fruta que sueltan los árboles, y a la sombra, un poco calva, de un guindo joven, me tumbo con ancha libertad y me doy a enhebrar, roncero y algo desma-dejado, el hilo de esta crónica sin acordarme gran cosa de Salamanca. Porque es lo que se dice: *en tierra ajena la vaca al buey acor-neo*.

Es una mañana limpia de Junio en que el sol trae la caldera bien atizada.

En el huerto se posa, repleto de zumbidos, un ambiente calen-tote y muy espeso.

La mañana se estira, y alarga, y es grande como un día sin pan.

En el aire, borracho de luz, danzan locamente moscas, mosqui-tos y moscardones.

De entre una gran mata de flor de malva sale arrastrándose un gato flaco, que trepa luego hasta las viejas ramas de un cirolar, y allí se despereza arqueando el lomo.

Pasan rápidos los *guirris* (1) desgarrando un agudo silbido.

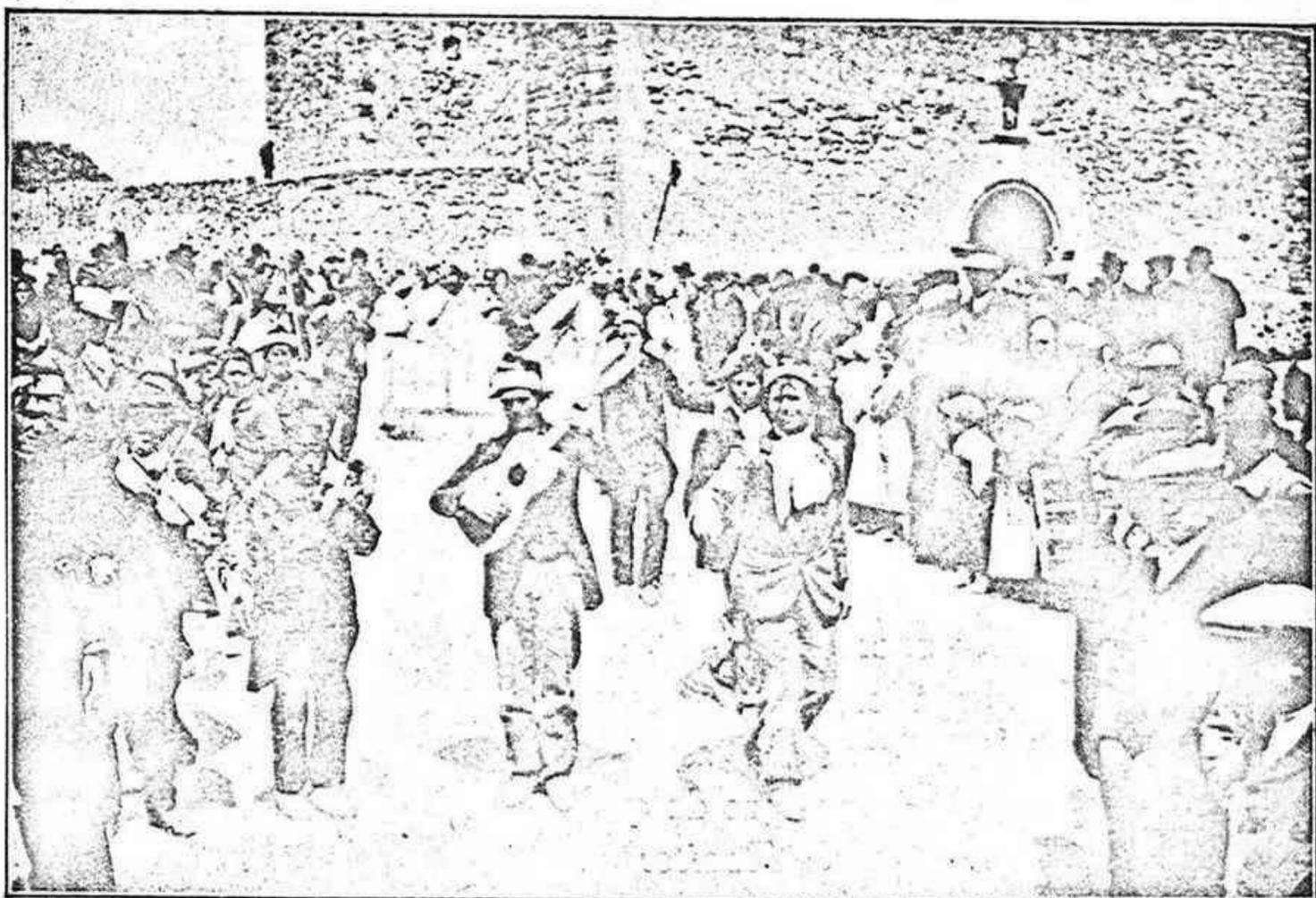
Echo mano al zurrón, tiro de hilo—*Historias de la Tuna del Cerro*—y comienzo a hilvanar mi crónica.

(1) Sin duda—creo yo—que debido al modo especial con que silban, en Ciudad-Rodrigo se llaman *guirris* a los vencejos.

Raro es el pueblo de España que, bajo una u otra advocación, no tiene alguna pequeña ermita dedicada a la Virgen.

En Saelices, bonito pueblo de la provincia de Cuenca, que yo visité esta primavera de paso para Luján, en Saelices, digo, se celebra todos los años la famosa romería de la Virgen del Cerro.

Quiero decir algo de la comparsa de los tunos, ya que ellos han



«Tunos» de Saelices (Cuenca)

sido los que me han enviado sus historias, si bien a cambio de unas fotografías que el día de la fiesta hizo un amigo.

Son estos tunos de que trato toscos retacillos de aquel antiguo y simpático capigorrón y porcionista que en tiempos más alegres y castizos paseaba sus tretas universitarias por todos los lugares del glorioso suelo español.

Algún parentesco—no tan lejano—tienen sus coplas con la añeja y picante *Trova cazurra*, del Arcipreste de Hita, y con la saladísima y bien afilada *Premática cotorrera*, del incomparable y tan mal comprendido Quevedo.

No sé quién ha dicho, ni hasta qué punto dijo verdad, que a los poetas, seres *leves* y *alados*, no hay que pedirles tanta cuenta de sus asuntos como de sus versos. A esta tropa ruda de copleros de barbecho, que hace su aparición todos los años por la fiesta del lu-

gar, digo yo que no se les puede pedir otra cosa sino que, divirtiéndose ellos, diviertan sobre todo a los vecinos. Maldito si ellos saben de formas; pero...

Para saber darle aire a esos eternos chismes y hablillas pueblerinos incubados a la vera de los tizones comadreros de las cocinas; para contar con garbo la historia entretenida de tantos enredos y piques amorosos, el pueblo español, todo él, se pinta solo. La potencia desolladora de su musa bravía tiene la fuerza corrosiva de algunos ácidos; cala y se mete hasta los tuétanos.

Es un realismo el suyo que no pára al llegar a los linderos de sana y regocijada malicia, que no se contenta con las medias tintas: necesita dejar la piel como el correal de un perro y matar el hambre de fiesta dándose una panzada de burlas.

De estas pedreas de historietas lugareñas, no hay tuno que no salga con una carga de chichones de los de marca calabacín.

Cada copla, entreverada de pullas candentes, es un mordisco.

Su palabra, cruda y retozana, escuece como ortigas y se pega a la carne, sembrándola de ronchones, que jamás se borran por completo.

Su incomparable socarronería, su sátira cruel e intencionada y su humorismo despellejador, saben a cuerno quemado.

Escuchen mis lectores, que va a dar comienzo la prueba.

Lomienhiesto, y con peligro de que reviente la sotana, el *Rector* de los tunos, habla y dice a *Rosito*:

Me han dicho que ya no quieres
estudiar para pastor,
porque te quieres meter
revendedor de carbón (1).

Tu madre creo que dice,
pero con mucha razón,
yo no quiero que mi Paco
se vaya a vender carbón.

¡Tan blanco como es mi Paco,
se va a meter carbonero!
aunque me muera de hambre
eso yo no lo consiento.

Porque un día va a vender,
y se le acaba el carbón,
y las mujeres lo compran,
y hacen con él un tizón.

.....
.....

(1) *El Rosito* parece mu...

Después que da su descarte *El Rosito* arremete con otro que se apoda *El Valentón*.

Dicen que eres un valiente,
y yo les he contestado
que las valentías tuyas
no son pa alabarte tanto.

Me dijeron el otro día
—no sé qué verdad será—
que te asustó malamente
Benitillo el Sacristán (1).

Iba tocando el muchacho
la bandurria por el lugar
y le dice que es un mono
Salustiano a el Sacristán.

—¿Por qué me dices a mí mono?
so relincha (2), remendón.

—Sacristán, si no te callas,
te crismo de un pescozón.

El Sacristán Benitillo,
pues no llevaba defensa,
pero llevaba consigo
la llave de abrir la iglesia,
al oír estas palabras
el Sacristán Benitillo
la llave se la saca,
que llevaba en el bolsillo,
en derecho a Salustiano
la llave se la encara
como si fuera un revólver
para el pecho le apuntara.

El *Valentón* que se fija
que la llave le apuntara...
qué valen titiriteros
pa lo que el mozo saltaba!

.....
.....

Y para desengrasar, allá va, tal cual salió del fregadero, la siguiente rociada que suelta *El Rector* al pobre de *Pan Blandón*:

Me han dicho que es usted un hombre
que es bastantico formal,
pero con la tía *Pandura*
se ha portado muy remal.

(1) Un mozuelo de quince años.

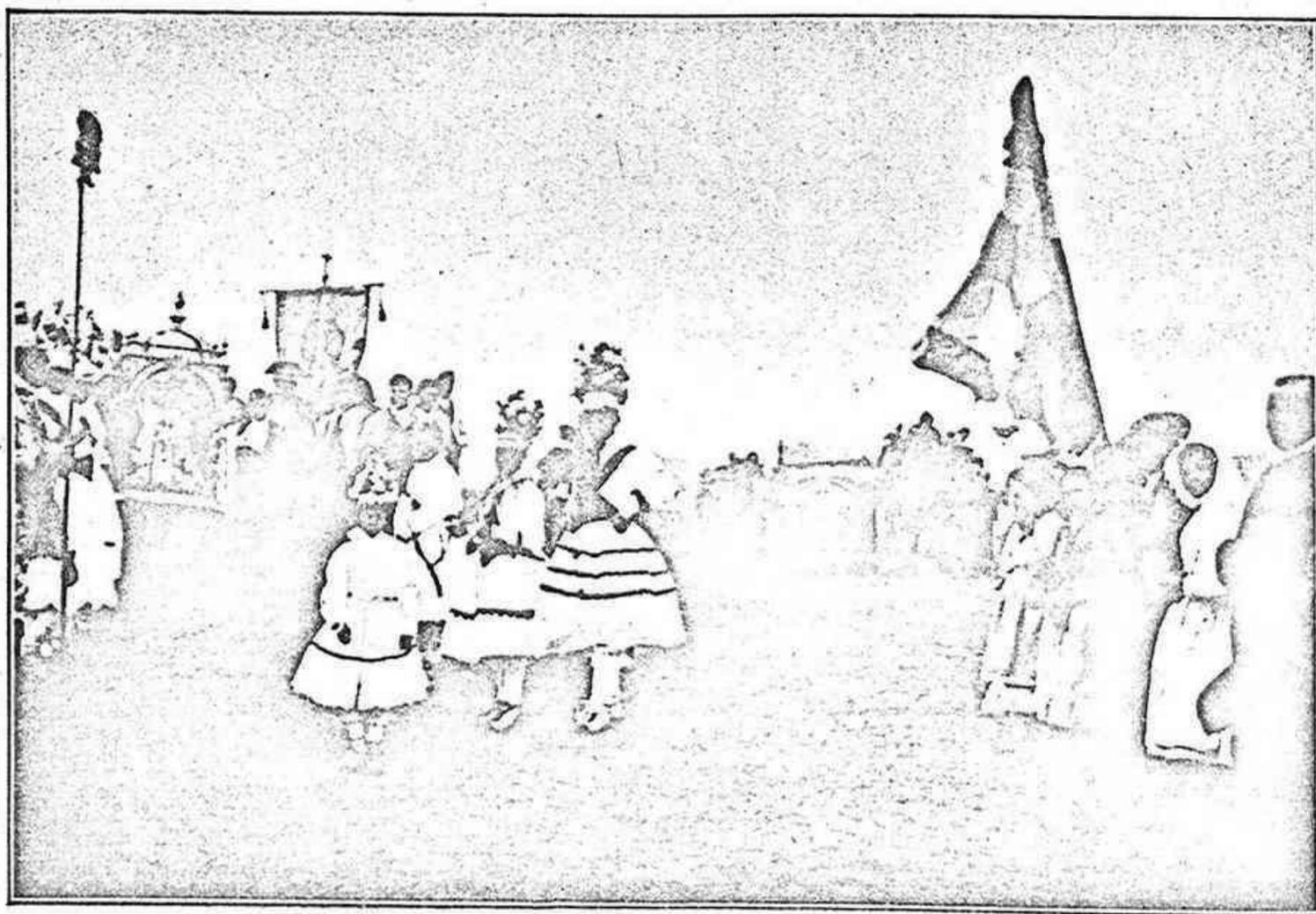
(2) No cesa de hacer ji, ji; o jijejar como se dice.

Por no darle al señor cura
los derechos de casarlos,
sin dar parte a sus familias
una noche se... casaron.

Un buen cacho de tocino
el día que se... casaron
llevaba la tía *Pandura*
para *Perdigón* hartarlo:
pero que el tío *Perdigón*
lo cogió con tal deseo
que en los tres primeros días
no dejó na más que hueso.

El tío *Perdigón* que vió
que se acababa el tocino
a la *Batiste* y al *Jaro*
estas palabras les dijo:

—Sabéis hijos que he pensado



De vuelta de la romería del Cerro

de aviar a esta mujer,
porque estamos mejor solos
en compañía los tres;
yo me marchó *ancá* *Bliqueta*
y vosotros le decís, váyase usted de casa.

La mujer decía entonces
estirándose las cejas:

—Dejá que venga tu padre,

que os ponga más vergüenza.

Estando en estas palabras
es cuando el tío Perdigón entra.

—Pónle si quies a tus hijos
una poca más vergüenza,
porque me están aviando
y si no les pones modos
a mi casa voy tirando

—Pues mis hijos, son mis hijos
y tú no eres mi mujer,
con que recoge la ropa
y márchate a Rozalen,
que yo me hartado de tocino.
y más no te quiero ver.

De propósito omito los descargos de los tunos al *Rector* y termino con el bueno de *Pan Blandón*:

Ya me despido de ustedes
y también de mi Rector,
viva la abuela Santana
también la Madre de Dios.

PEROPULGAR.





DE CÓMO NUESTRA SANTA MADRE TERESA DE JESUS

QUISO EL SEÑOR PONERLA, EN ESPÍRITU, EN UN LUGAR DEL INFIERNO
Y DE CÓMO EMPEZÓ

A TRATAR DE LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE SAN JOSÉ



DESPUÉS de mucho tiempo, que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor, que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una lacena, adonde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

Esto otro me parece que aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar; porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras, que he

tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir, que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No vía yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, a lo que me parece, y digo, que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga: no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto a la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, más bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia; porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocas (que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de debajo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy; y así no me acuerdo vez, que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno a decir, que fué una de las mayores mercedes, que el Señor me ha hecho; porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas, y dar

gracias al Señor, que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil, en comparación de un memento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame, cómo habiendo leído muchas veces libros, adonde se da algo a entender de las penas de el infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son. ¿Adónde estaba? como me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar. Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y como se ha parecido que me queríades vos mucho más a mí, que yo me quiero. Qué de veces, Señor, me librástes de cárcel tan temerosa, y cómo me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad. De aquí también gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan, de estos luteranos en especial (porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos en especial, con un gran trabajo u dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros: pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá, con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aún nos mueve a tanta compasión, esto que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

Esto también me hace desear, que en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte: no dejemos nada, y plega a el Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero, que aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios, y no hacía algunas cosas, que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia (que me la daba el Señor) no era inclinada a mormurar, ni a decir mal de nadie: ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa. Más me amando tener, de manera que fuese ofendida el Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, un gran temor de Dios lo me contenía, y veo adonde me tenían ya los demonios aporreados. La verdad, que según mis culpas, aún me parece mereré a ser castigada. Mas con todo digo, que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer so-

siego ni contento el alma, que anda cayendo a cada paso en pecado mortal, sino que, por amor de Dios, nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho a mí. Plega a su Majestad, que no me deje de su mano para que yo torne a caer, que ya tengo visto adonde he de ir a parar: no lo permita el Señor por quien su Majestad es, amén.

Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos, que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará a los buenos y pena a los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso: bien se vía que era Dios, y que le había dado su Majestad a el alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba, qué podría hacer por Dios, y pensé, que lo primero era seguir el llamamiento, que su Majestad me había hecho a la Religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese: y aunque en la casa donde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, a causa de tener gran necesidad salían las monjas muchas veces a partes, adonde con toda honestidad y religión podíamos estar: y también no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la Orden, que es con bula de relaxación y también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas, a quien los prelados no podían decir de no, gustaban estuviere yo en su compañía, importunados mandábanmelo: y así según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monesterio, porque el demonio en parte debía ayudar, para que no estuviere en casa, que todavía, como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacíase gran provecho. Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monesterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo a tratar con aquella señora mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mismo deseo: ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto, y la celda en que es-

taba, hecha muy a mi propósito, todavía me detenía: con todo acertamos de encomendarlo mucho a Dios.

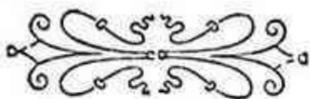
Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas, de que no se dejaría de hacer el monesterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase san Josef, y que a la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que dijese a mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba El, que no fuese contra ello ni me lo estorbase. Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla, que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era El. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos, que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre que sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo vía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa, sino decirlo a mi confesor, y díle por escrito todo lo que pasaba. El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas vía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquísima, y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome, que lo tratase con mi perlado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo: yo no trataba estas visiones con el perlado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monesterio; y el provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fué menester, y dijole que él admitiría la casa: trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disbarate: a mí, que bien me estaba en mi monesterio, a la mi compañera tanta persecución, que la traían fatigada. Yo no sabía qué me hacer: en parte me parecía que tenían razón. Estando así muy fatigada, en-

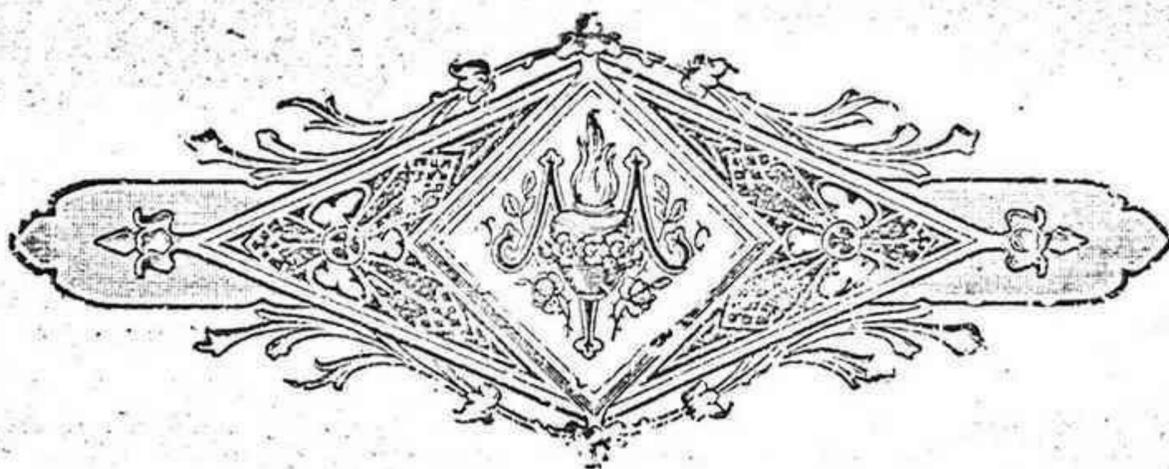
comendándome a Dios, comenzó su Majestad a consolarme y animarme: díjome, que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese a mi compañera, y lo que más me espantaba yo es, que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir a todos: y es así, que de gente de oración, y todo en fin el lugar, no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disbarate.

Fueron tantos los dichos, y el alboroto de mi mismo monesterio, que a el provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer, y no la quiso admitir: dijo, que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradicción; y en todo parece tenía razón, y en fin lo dejó y no lo quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena: en especial me la dió a mí de ver a el provincial contrario, que con quererlo él tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver, sino lo dejaba; porque decían era obligada a quitar el escándalo.

Ella fué a un gran letrado, muy gran siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo a decírselo, y darle cuenta de todo. Esto fué aun antes que el provincial lo tuviese dejado, porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y así decían que sólo era por nuestras cabezas. Dió esta señora relación de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo a este santo varón, con harto deseo nos ayudase: porque era el mayor letrado, que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas: no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no quería yo nos diese parecer, sino conforme a ellas. El nos dijo, que le diésemos de término ocho días para responder, y que si estábamos determinadas a hacer lo que él dijese. Yo le dije, que sí; mas aunque yo esto decía, y me parece lo hiciera, nunca jamás se me quitaba una siguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijese se determinaba a dejarlo: yo (aunque como digo me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, u contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados a hacer: porque aunque a mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera, que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia,

parecióme luego me apartara de ello, y buscara otro medio; mas a mí no me daba el Señor sino este. Decíame después este siervo de Dios, que lo había tomado a cargo con toda determinación, de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo, porque ya había venido a su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino como a todos, y en sabiendo habíamos ido a él, le envió a avisar un caballero, que mirase lo que hacía; que no nos ayudase; y que, en comenzando a mirar lo que nos había de responder, y a pensar en el negocio y el intento que llevábamos, y manera de concierto y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse: y así nos respondió, nos diésemos prisa a concluirlo, y dijo la manera y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese a él, que él respondería, y así siempre nos ayudó, como después diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban: entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración, aunque los medios le parecían muy dificultosos y sin camino, rendía su parecer a que podía ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debía mover: y así hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios, que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas de esto a mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor, que entrase como pudiese, que después yo vería lo que su Majestad hacía ¡y cuán bien que lo he visto!) y así aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios de ordenar y favorecernos.





LA INFANTA TERESIANA

(POEMA)

INTRODUCCIÓN

Infantita, Infantita,
Infanta de las Españas,
La que oculta en el rincón
Más escondido de su alma
Junto al amor de sus hijos
El más ardiente a su patria,
Para vos tiene el juglar
Sus canciones más galanas,
Porque la trova que pulsa
Siempre en su lira romántica,
Es el canto de su fe,
Es el eco de su España.
Es la voz de otras edades
En que creyendo se amaba
Tanto a la cruz del calvario
Como al pendón de la patria.
Y siendo vos como soís
Orgullo de nuestra España,
Pues cual santo relicario
Conserváis dentro del alma,
El amor a vuestro hogar
Como las antiguas damas
De la nobleza española
En las épocas hidalgas;
El amor a las virtudes

De la santa teresiana,
Y en vuestro país lejano
Un culto ardiente a la patria,
Que os dió cuna tan egregia
Para que fuéseis su Infanta.

Siendo como soy la voz
De la tradición de España,
He de cincelar en versos
Brotados todos del alma,
El poema siempre bello
De una Infantita de España,
Que en un país extranjero,
Que en una tierra lejana,
Es la voz de nuestra fe
Y es el eco de la Patria.

Perdonad mi atrevimiento,
Y acoged aquestas cantas
Como tributo de amor
Del juglar de vuestra raza
No de los tiempos presados
Sino de otros más usanos
Que de como la laúd
Cruzado sobre la esp

Errante por las llanuras
De la tierra castellana;
Unas veces canta al pueblo,
Otra en mansiones hidalgas,
Y en alcázares de Reyes,
Que hasta la recia morada
Llega el pobre trovador
De la tierra castellana,
Cantando siempre a su fe,
Cantando siempre a su patria,
Que es su voz la tradición
Y su amor más grande: España.

Hoy llega a vos como siempre

El juglar, pulsando en su arpa
Trovas de amor encendidas
De amores que nunca manchón.
¿No escucháis la melodía
Llena de brava arrogancia,
En los comienzos, Señora,
De su patriótica canta?
Pues si le dáis vuestra venia,
Donosa y egregia dama,
Rimaré en su romancero
Su más preciada sonata
El amoroso poema
De la Infanta teresiana.

CANTO PRIMERO

DE LA INFANTA TERESIANA

En el corazón agreste
De la tierra castellana,
La que formó en otro tiempo
La unidad de nuestra patria;
La que guarda en sus anales
Las gloriosas memoranzas,
De aquella casta bravía
De nobles razas hidalgas,
Cuyos potentes castillos
Aún levantados se alzan;
La que fué la cuna ilustre
De la santa teresiana,
De aquella monja andariega
Según la egregia palabra,
Doctora de nuestras letras
Por sus *Cartas y Moradas*,
Y la santa más gloriosa
Más grande y extraordinaria,
Que eleva en sus camarines
El altar de nuestra patria.
En aquella tierra ilustre,
Que dió a la hispánica raza
La figura de Isabel
De la Reina castellana,
Que la cruz de nuestra fe
Clavó en muros de Granada,
Reconquistando una tierra
Ocho siglos musulmana,
Y dió otro mundo a la Europa
Bajo la enseña de España.

.
¡Tierra bendita que ocultas
Las tierras carpevetanas,
Con la fronda de sus vegas
Y sus huebras de labranza,
Y sus extensas llanuras
Entre amarillas y pardas,
Y sus lontananzas grises,
Y sus fecundas cañadas,
Y sus barbechos baldíos,
Y sus ardientes solanas,
Y sus verdes garbanzales,
Y aquellas rubias cebadas,
Y aquellas eras de trigos
Que tristemente contrastan
Con la pobreza del monte
Y con estepas tan áridas,
Como guardan sus llanuras
Entre amarillas y pardas;
Con ese sol tan ardiente
Que regio en su cielo marcha,
Describiendo la grandeza
De la tierra castellana!

¡Tierra, que aún repercutes
El choque de férreas armas,
De aguerridos caballeros,
De familias tan hidalgas
Que fueron de señoríos
Más que señores, monarcas!

¡Tierra, que aún nos proyectas
 Como sombras de la fama,
 Para espejo de las madres
 Y modelo de las damas,
 Y como patrón de reinas,
 Y de esposas de monarcas,
 A Urracás y Berenguelas
 A Beltranejas y Blancas!

¡Tierra, que guarda los pasos
 De aquel Cid de las batallas,
 Y de Fernandos y Alfonsos
 Sus inmortales hazañas;
 Tierra noble, tierra augusta,
 Tierra caballera y franca,
 Que conserva en sus anales
 Todo lo grande que fué
 La más grande de las Patrias!

—
 Pues bien, donosa Señora,
 Como lo dice en su canta,
 A esa tierra llegó un día
 La Infanta de las Españas.
 Y ardiendo en santos amores
 De española y de cristiana,

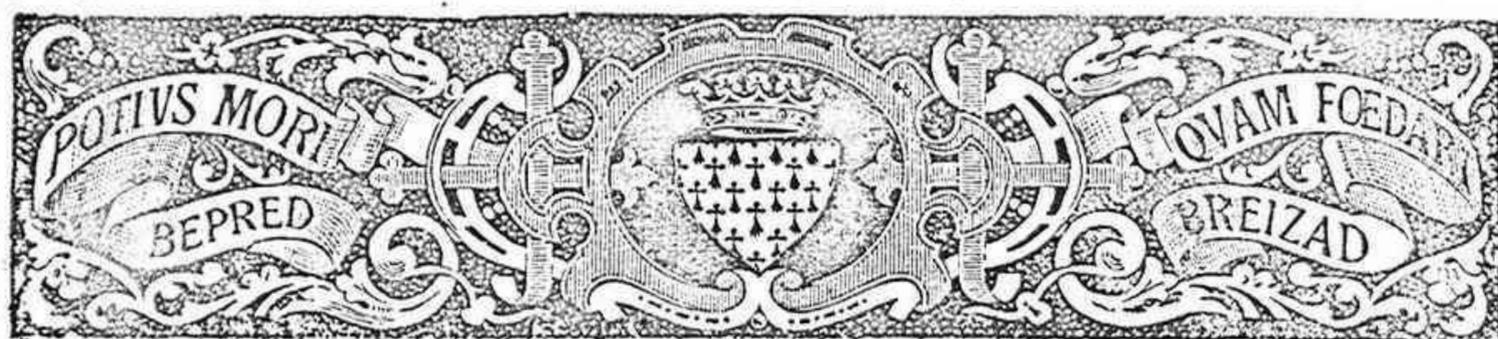
Un santuario elevó,
 Digno por su regia fábrica
 De Teresa de Jesús,
 Que allí se adora a tal santa.

Y en su ardiente fantasía,
 La vió el poeta en su alma
 Cierta tarde de rodillas.
 Cuando rezando se hallaba
 Como oran los Serafines
 En Dios sólo ensimismada,
 Oyó una voz que decía,
 Voz potente, sobrehumana:
 «Este templo que me eriges,
 Este templo que levantas,
 Es el eco de tu amor
 Y el amor que tiene España
 A Teresa de Jesús;
 Que desde hoy mismo se llama,
 Santa Teresa de Paz;
 Y tú Paz de Teresa, Infanta;
 Y a la historia has de pasar
 Para vivir en sus páginas,
 Con la dulce advocación
 De la Infanta Teresiana».

Jaime MARISCAL DE GANTE.

(Continuará).





EL CONGRESO CATEQUISTICO DE VALLADOLID

ESTAMOS en vísperas de un gran acontecimiento católico: el Congreso catequístico nacional de Valladolid, y todos los católicos de España deben unirse en espíritu a los congresistas de Valladolid; deben en estos días comulgar por las intenciones del Congreso, y orar, orar muchísimo y con mucho fervor para que los frutos de tan importante Asamblea sean abundantes.

La hidalga ciudad castellana se apresta a recibir cariñosamente a los congresistas, mostrando singular anhelo porque el Congreso revista, hasta en los pormenores secundarios, la mayor solemnidad posible.

Es verdaderamente edificante el entusiasmo que todas las clases sociales de Valladolid, aun las más humildes, han demostrado en esta ocasión, dando una prueba de religiosidad admirable.

Se asegura que asistirán el Sr. Nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonessi; los Arzobispos de Valencia, Zaragoza y Tarragona, y los Obispos de Ciudad-Real, Lugo, Sión, Burgo de Osma, Astorga, Zamora, Orense, Sigüenza, Santander y Vicario Capitular de Salamanca.

La España católica espera mucho del Congreso de Valladolid.

En los momentos actuales, en que la lucha arrecia y los golpes más funestos van dirigidos contra el Catecismo, es verdaderamente providencial que los católicos se reúnan y elijan como arma de defensa ese librito de oro que encierra la divina semilla de la doctrina cristiana.

En Valladolid los católicos contemplarán la labor del Catecismo en nuestra patria, sus triunfos y su obra apostólica; y allí, los gran-

des catequistas actuales, y todas las instituciones de enseñanza, aportarán los frutos de la experiencia, los caminos providenciales que cada maestro ha emprendido para llevar a las almas la luz de la doctrina de Cristo.

La dama catequista que, llena de sacrificio y abnegación, ha llegado hasta la humilde morada del obrero y ha luchado cara a cara con las ideas societarias hasta vencerlas y pulverizarlas; sabios pedagogos—como Manjón y Siurot—que consagraron la actividad de una inteligencia luminosísima a estudiar el alma del niño, y, con ingeniosa caridad idearon un método sencillo y sapientísimo para catequizar con más fruto y llevar a Jesús los corazones y las inteligencias de los niños pobres... todos, todos aportarán a la obra del Congreso los frutos de sus trabajos, y todos verán que en la siembra de la buena semilla ha sido siempre la caridad la que ha abierto el surco y ha hecho más fecunda la labor apostólica.

Fiel a sus promesas, Cristo estará entre estos católicos reunidos en su nombre.

Y si Cristo está en los congresistas, ¿qué mayor seguridad de éxito?

¿Serán defraudadas las esperanzas de la España católica?





Congreso Catequístico nacional.—Acuerdo plausible.—Uno de los actos que se celebrarán solemnemente con motivo del Congreso Catequístico será el de honrar al que fué insigne Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid, D. Santiago José García Mazo, varón preclaro por sus virtudes, escritor distinguido, orador notable y sobre todo ilustre catequista, cuyas obras de exposición de la doctrina cristiana han adquirido fama universal y están esparcidas por todas partes traducidas a muchos idiomas.

El acto de homenaje al señor García Mazo consistirá en la colocación de una lápida en la casa donde vivió en aquella capital, calle de Núñez de Arce (antes de la Cárcaba), núm. 27, según acuerdo tomado en una sesión solemne por el Excmo. Ayuntamiento, el cual se ha hecho con ello acreedor a un aplauso general y unánime, que por nuestra parte sinceramente le tributamos.

Obsequio a los congresistas.—La Casa Editorial Cuesta, cederá por sólo cinco pesetas colección completa de las obras de Mazo, cuya fama y universal renombre le han merecido el título de gran catequista español del siglo XIX.

Ocho tomos.

Catecismo explicado, un tomo.

Historia para leer el cristiano desde la niñez hasta la vejez o sea compendio de la Religión, cinco tomos.

Sermones y lecciones de oratoria, un tomo.

Biografía, un folleto.

La medalla.—La medalla, que usarán como distintivo los congresistas, es verdaderamente artística e inspirada.

En el anverso figura un grupo compuesto por Jesucristo rodeado de sus Apóstoles en el Monte Tabor, momentos antes de su Ascensión a los cielos, leyéndose debajo aquellas palabras de solemne mandato: EUNTES ERGO DOCETE OMNES GENTES, que quieren decir: *id, pues, y enseñad a todas las gentes*; palabras imperativas en virtud de las cuales el divino Maestro confirió a la Iglesia el derecho de magisterio en el mundo, sin que haya poder civil alguno que pueda lícitamente anularle, menoscabarle o contradecirle.

Las figuras del grupo están representadas con toda propiedad; aparece en medio el Maestro, de pie, con la diestra tendida, en ademán de señalar a sus discípulos la tierra, la cual deberán recorrer en todas direcciones predicando y enseñando la doctrina de Cristo a todos los pueblos, y en torno del Maestro se agrupan los discípulos, en actitud reverente, recogiendo las palabras del mandato divino que los constituye en sembradores de la verdad y en depositarios y propagadores de la doctrina evangélica.

El reverso de la medalla ostenta en su parte superior una cruz, que es «la señal del cristiano», destacándose sobre una nube de gloria, y debajo una inscrip-

ción que dice: *Primer Congreso Catequístico Nacional Español.- Valladolid 1913*

Boy.—Los aficionados a las buenas lecturas recibirán, sin duda, con agrado la noticia de haber publicado la administración de la revista católica de Madrid *Razón y Fe*, al reducido precio de dos pesetas en rústica y tres en tela, la tercera edición de la interesantísima novela *Boy*, original del R. P. Luis Coloma, S. J., de la Real Academia de la Lengua.

Peregrinación madrileña a Nuestra Señora de Lourdes.—La Junta permanente de peregrinaciones a Nuestra Señora de Lourdes, en vista del fervor y creciente interés que despiertan estos piadosos viajes, se propone realizar una importantísima peregrinación a Lourdes para el año próximo, con motivo del Congreso Eucarístico que allí ha de tener lugar.

Al efecto, se pondrá de acuerdo con el Consejo central de la Adoración Nocturna de Madrid y con todas las demás Congregaciones eucarísticas, dando las mayores facilidades posibles para que concurra gran número de católicos madrileños.

El éxito brillantísimo obtenido en las peregrinaciones de los años anteriores y el entusiasmo de los que en ellas han tomado parte, son para la Junta un fundado motivo de esperar que en el año próximo la peregrinación madrileña a Nuestra Señora de Lourdes ha de constituir una grandiosa manifestación de fe y de devoción a María Inmaculada.

La Junta cuenta ya con la aprobación y bendición de su reverendísimo Prelado, y ya ha comenzado en sus oficinas (Estudios, 9, primero), los trabajos preparatorios de organización.

El Sr. Vales y Failde.—Ha sido designado nuestro estimado amigo el señor Provisor de Madrid, delegado oficial del Comité nacional de España, para representar a nuestra nación en el Congreso internacional para la represión de la Trata de Blancas que ha de tener lugar en Londres del 1 al 6 del próximo mes de Julio, y para cuya ciudad saldrá uno de estos días.

Peregrinación nacional del Magisterio a Roma.—En Valencia, que será el punto central de la peregrinación, por haber partido de allí la idea y residir la Congregación Mariana del Magisterio, que hizo suya la iniciativa, se ha constituido una respetable Junta, formada por prestigiosos elementos.

Valencia será también el punto de partida del viaje, donde los peregrinos que vayan de fuera podrán admirar las espléndidas bellezas naturales y opulentas riquezas artísticas de la hermosa capital.

La peregrinación se detendrá, además, en Barcelona, Marsella, Génova, Pisa, Florencia, etc., haciendo estancia en estas poblaciones el tiempo necesario para ver sus notabilidades y permaneciendo en Roma seis días, en los cuales, bien

aprovechados, puede verse muchísimo, y, desde luego, todo lo más interesante de la Ciudad Eterna.

Por último, se ha conseguido que el importe del ferrocarril, ida y vuelta, desde Valencia, sea, en tercera clase, ¡noventa y nueve pesetas!, y puede fundadamente presumirse que el total de gastos de hospedaje, comidas, carruajes, propinas, etc., no pase de otro tanto, de modo que, por menos de 200 pesetas se puede viajar durante dieciseis días, satisfaciendo los anhelos piadosos y artísticos, y hasta necesidades higiénicas, de los maestros católicos, cultos y laboriosos.

¡Dios lo quiere, maestros católicos! ¡¡A Roma!!

La nota completa de los precios que han de regir para la peregrinación del Magisterio a Roma, comprende dos series: A y B.

A la serie A corresponden los peregrinos que abonan todos los gastos, ida y vuelta, desde Valencia, siendo las cuotas:

De 410 pesetas en primera clase, 300 en segunda y 215 en tercera.

Y a la serie B pertenecerán los peregrinos que se suscriban sólo al billete del ferrocarril, el cual, ida y vuelta y también desde Valencia, cuesta lo siguiente:

Para los viajeros de primera clase, 225 pesetas; para los de segunda, 155, y para los de tercera, 99 pesetas.

Llamamos, pues, la atención de nuestros lectores sobre la notable economía de ambas series, lo más ventajosa que puede darse en esta clase de viajes, con un servicio inmejorable como el que ha contratado al efecto la Junta central de la peregrinación constituida en Valencia.

—Es agente de la peregrinación en Madrid, el maestro de las Escuelas Nacionales de la corte D. Antonio Cremades y Bernal, y las oficinas se hallan instaladas en la Academia Universitaria Católica (plaza del Progreso, 5), que ha sido cedida galantemente a estos fines. Allí pueden dirigirse las personas que deseen enterarse de algo relativo a la peregrinación nacional del Magisterio, siendo de seis a ocho de la tarde las horas de despacho, todos los días laborables.

— — —

Brillantísimos exámenes de un Infante de España.—Con mayor brillantez, si cabe, que en años anteriores se examinó ayer del tercer año de bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros S. A. R. el Infante D. Alfonso de Borbón, hijo primogénito de SS. AA. el Infante D. Carlos y de la malograda Princesa de Asturias.

En Latín, ordenando y traduciendo párrafos difíciles, y contestando preguntas varias de sintaxis; en Geometría, demostrando teoremas intrincados; en Historia de España y Francés, y, en una palabra, en todas las asignaturas que constituyen el tercer año demostró una competencia pocas veces vista en niños de tan poca edad.

Examinóse también de tercer año de Religión, que demostró conocer muy a fondo, y dando con ello un alto ejemplo que debieran imitar tantos otros padres, muy católicos en apariencia, pero que eximen a sus hijos de estudios tan necesarios en la hora presente.

Los catedráticos que constituían el Tribunal premiaron los exámenes de Su Alteza Real concediéndole sobresaliente en todas las asignaturas y algunas matrículas de honor, lo cual redundará en beneficio de los estudiantes pobres, ya que

Su Alteza Real el Infante D. Alfonso sufraga libros y matrículas a un estudiante pobre de los que más se distinguen en el Instituto, como recuerdo de sus matrículas de honor.

Datos que confortan.—Una de las pruebas más concluyentes del progreso actual de la prensa católica en España, nos la suministra el *Catálogo descriptivo* de la misma que acaba de publicar la redacción de *Ora et Labora*, de Sevilla.

Figuran en él descritas (título, carácter, periodicidad, tamaño, páginas, precios, dirección, etc.), 600 publicaciones católicas de España, *cincuenta más que el año anterior*, de las que 246 son periódicos, 287 revistas y 67 hojas de propaganda.

Entre los periódicos hay 68 diarios, 5 trisemanales, 9 bisemanales, 80 semanales, 3 decenales, 16 quincenales, 23 mensuales y 42 de periodicidad desconocida o irregular.

Entre las revistas, 32 son semanales, 56 quincenales, 122 mensuales y 77 de periodicidad desconocida o irregular.

De las hojas son propiamente parroquiales 32; las 35 restantes, de propaganda.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Sión va a cumplir el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal.

Los innumerables méritos contraídos por el ilustre Prelado, sus triunfos oratorios, su celo y caridad, abrillantan en grado sumo la hermosa iniciativa que el cultísimo Cuerpo castrense ha tomado de dedicar, con este motivo, un homenaje de admiración y respeto al Excmo. e Ilmo. P. Cardona, al que seguramente se unirán las entidades católicas y los muchísimos devotos que profesan un verdadero cariño al Prelado que ha sabido enaltecer las glorias de la Iglesia española en el difícil puesto donde desde hace largos años demuestra sus virtudes y sabiduría.

Dios guarde muchos años la preciosa vida del P. Cardona, como le llaman sus numerosos oyentes para esplendor y gloria de la Iglesia católica.



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

Pesetas Cts.

De D.^a Casimira Estibales, Tesorera de las Teresianas de Madrid 191 >

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado